

## MAESTROS DEL AMERICANISMO.

ANTONIO BALLESTEROS BERETTA  
(1880-1949)

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS  
*Universidad Complutense.*

A los dos años del centenario del nacimiento de mi padre, Antonio Ballesteros Beretta (al que mencionaré a lo largo de esta conmemoración como «Don Antonio»), y a diez para cumplirse quinientos del descubrimiento de América, accedo a escribir estas líneas, que me solicita quien merece mi gran aprecio personal e intelectual, el director de «Quinto Centenario», don Mario Hernández y Sánchez-Barba, que ha cumplido con creces las fundadas esperanzas que en su talento y laboriosidad pusimos —muchos años ha— los que fuimos sus maestros universitarios. Sólo por lo excepcional de la cadena que forman los americanistas de hoy con el maestro Antonio Ballesteros Beretta, y de la que soy eslabón intermedio, me obligo a vencer escrúpulos de modestia, y me dispongo a glosar lo que fue su vida científica y de iniciativa humana, en el campo del americanismo. Y lo hago porque quizá sea útil que cunda el ejemplo de dejar testimonio de hechos vividos, cuyos repliegues pueden olvidarse —o ignorarse— con el paso del tiempo, mientras que pueden ser provechosos para la historia de la ciencia, en

este caso la dedicada al estudio de las cosas de América.

La vida de don Antonio comienza en Roma, hijo de diplomático español (don Arturo) y de María Beretta, condesa Beretta, hija del conde Antonio Beretta, patriota milanés, que ostentó el cargo de primer «sindaco» de la ciudad de Milán, cuando fue liberada de los austríacos por el movimiento del «Risorgimento» italiano. Su primera lengua fue, pues, la italiana, que nunca olvidó, siendo la segunda el francés. Aprendió el castellano cuando ingresó en el colegio de los Padres Jesuitas de Chamartín, que lo han hecho figurar entre sus alumnos ilustres, al conmemorar el centenario de la fundación del centro. Allí cursó todo el bachillerato, pasando luego a los centros de Deusto y Oñate —siempre de la mano de la Compañía—, teniendo, por tanto, dieciocho años cuando las catástrofes coloniales, que marcaron duramente su memoria patriótica y su «dolor de España». Los deseos de su padre de que se licenciara en Derecho fueron cumplidos, pero estudiando, por propia decisión, la carrera de Filosofía y Letras, Sección de Historia, examinándose en Salamanca. Tuvo como maestros a don Julio Cejador y Frauca, al que conoció como el P. Cejador (S. J.), antes de que este ilustre historiador de la literatura española se exclaustalara, y al P. Eguía. ¿Dónde aprendió don Antonio la metodología rigurosa de la investigación? Creo que sólo yo puedo explicarlo, pues sus primeras obras ya se separan sustancialmente de la presentación usual entonces, haciendo uso de documentos más que de las fuentes narrativas. Su conocimiento del francés le permitió acudir a la *Introduction aux Etudes Historiques*, de Langlois y Seignobos (1898) y a *El libro de los castigos y documentos*, de Paul Groussac (1906), obra que trata de la Castilla medieval, a la que don Antonio iba a dedicar su atención primera, con la publicación de *Sevilla en el siglo XIII* (Sevilla, 1913). Su primo carnal, Pío Ballesteros, conocía a fondo la lengua alemana, y por ello pudieron consultar las obras germanas de metodología. No extraña, con estos an-

tecedentes, que apareciera en 1911 una obra de ambos, titulada *Cuestiones históricas*, primer libro de metodología publicado en España y escrito por profesores españoles. La experiencia de investigador consolidaría posteriormente los principios en que se había iniciado ya, antes de ser catedrático de Universidad.

Ocupa, por oposición, en 1906, su primera cátedra, en la Universidad de Sevilla, como profesor de Historia Universal Antigua y Media, tras un año como juez, plaza ganada también por oposición, dado que era también licenciado en Derecho. Esta fue su última aventura en los campos jurídicos, aunque esta formación no le abandonaría en toda la vida, y le ayudó a comprender el valor de las instituciones, a las que dedicaría en todas sus obras una parte importante, tanto si escribe sobre la Edad Media europea como en su *Historia de España*, de que hablo más adelante, o de la conquista y colonización de América.

El año 1910 tiene un significado especial para la vida futura de don Antonio, pues tuvo la fortuna de hallar a la persona que le acompañaría hasta su muerte, como esposa y como colaboradora, además de compartir sus ilusiones investigadoras, doña Mercedes Gaibrois Riaño. Era doña Mercedes hija de doña Soledad Riaño Ruiz, de antigua familia criolla colombiana, cuya casa aún se conservaba en la Carrera 10.<sup>a</sup> de Bogotá hasta hace pocos años. Su padre fue el escritor y diplomático colombiano don José Trinidad Gaibrois, hijo del médico suizo de este apellido, que había fundado, con otros, el hospital de la capital de Colombia. Don José Trinidad desempeñó puestos diplomáticos en París y en Madrid, coincidiendo con el cuarto centenario del descubrimiento de América. Un año antes había nacido en París su única hija, Mercedes. Discípula de la historiadora colombiana Soledad Acosta de Samper, doña Mercedes, de diecinueve años entonces, estaba preparada para formarse junto a su esposo y maestro. 1910 fue el año de su matrimonio.

En 1913, por oposición, don Antonio gana la cáte-

dra de Historia de España Antigua y Media de la Universidad Central, como se llamaba entonces la de Madrid. Fue en ese mismo año cuando el arquitecto don Pablo Salvat, fundador de la Editorial Salvat, de Barcelona, le comprometió en la tarea de escribir una *Historia de España* que hiciera pareja con la del arte de Pijoán. Debería ser una síntesis, pero don Antonio la trató como una enciclopedia histórica, que no concluiría hasta después de 1939. Pero de ella y su americanismo he de hablar en páginas siguientes.

En 1918 fue elegido académico de la Real de la Historia y luego pasó a la cátedra de Historia de España, en el llamado «Preparatorio» (para la Facultad de Derecho), que era en realidad el primer curso de la carrera de Filosofía y Letras, que entonces comprendía sólo cuatro cursos.

En 1919, en el último gobierno de Maura, fue designado gobernador civil de la provincia de Sevilla, a donde volvió con la alegría de haber pasado allí su iniciación en la cátedra. Fue su última experiencia política, de la que se retiró, lo mismo que su jefe político, don Antonio Maura, que había honrado a la Real Academia de la Historia con su presencia el día en que don Antonio Ballesteros leyó su discurso de ingreso en la docta casa de la calle del León.

Desde entonces su vida transcurrió en su piso de la calle de Guzmán el Bueno, número 37, de Madrid, ampliando su biblioteca, que enriquecía cada año con los viajes estivales al extranjero (motivados, además, por las visitas anuales a su madre, la condesa Beretta, en Roma). Crecía tanto su colección de libros que hubo de alquilar el piso contiguo, en el que había vivido el venezolano Blanco Fombona, abatiendo tabiques para conseguir espacio para una sala de biblioteca, a la que acudían sus discípulos para preparar sus oposiciones: como Cayetano Alcázar, Ciriaco Pérez Bustamante, Virgilio Colchero, Claudio Galindo, Juan de Contreras y Julián María Rubio, pues así como era generoso en brindar la consulta, nunca prestó libros, por

la certeza de que quien hace préstamo, pierde el libro, y quizá el amigo. Su devoción por el libro era tal, que no podía soportar anotaciones marginales, ni subrayados o acotaciones, hasta el punto de que cuando adquiriría alguno en librerías anticuarias, se imponía la labor de borrar lo que se pudiera de éstas, que él consideraba agresiones de lesa bibliografía.

Profesor de los infantes, hijos de Don Alfonso XIII, al llegar la guerra civil comprendió que podía correr peligro (mejor dicho, lo comprendió doña Mercedes), y se asiló en la Embajada de México, de donde saldría, milagrosamente indemne, en marzo de 1937. Se instaló entonces en Burgos, en la histórica calle de Fernán González, y —inasequible al ocio— se sumergió entre los pergaminos del archivo catedralicio de Burgos, elaborando una serie de estudios sobre las calles de la Cabeza de Castilla, que fueron apareciendo en el *Boletín* de la Comisión Provincial de Monumentos.

En su ausencia, su casa madrileña había sido saqueada, los muebles destruidos y... la biblioteca secuestrada. Pero santamente secuestrada por funcionarios del Cuerpo de Archivos, que al llevarla a los depósitos de la Biblioteca Nacional la mantuvieron separada de otros fondos, permitiendo su recuperación tras la rendición de Madrid. Pero los libros de Arte, quizá por su riqueza de láminas, habían desaparecido casi todos. Sin embargo, lo sustancial, lo útil para sus estudios, estaba prácticamente intacto. Así pudo seguir creciendo la biblioteca, pero no ya en la bombardeada casa de Guzmán el Bueno, sino en el pabellón de la calle del León, 21, sede de la Real Academia de la Historia, al que tenía derecho, desde antes de la guerra, como académico bibliotecario de la docta corporación. Allí se consumiría su vida, en 1949, cuando se disponía a presidir el I Congreso Iberoamericano de Historia, que había de celebrarse en septiembre de aquel año en Madrid.

Se consumiría su vida, pero no entregaría su alma a Dios en Madrid. Desde el final de la guerra civil ocu-

paba los veranos un piso en la calle de José Bergamín, de Pamplona, para que ambos —él y doña Mercedes— pudieran investigar en el Archivo de la Cámara de Comptos de la Diputación Foral de Navarra. El 15 de julio de 1949, en medio de ruidosos «sanfermines», moría en Pamplona, acompañado de sus amigos navarros, como José Ramón Castro, antiguo discípulo. En tierra navarra reposan sus restos.

Terminemos este largo exordio del curso vital de don Antonio, deteniéndonos un momento en su régimen de trabajo. Fue un «obrero» de la investigación, de la información bibliográfica y de la redacción de sus obras. Iniciada la jornada a las ocho de la mañana, se prolongaba hasta las dos (su clase de Historia era muy temprano tres días a la semana, y la del doctorado, de que luego se habla, a las tres); breve almuerzo, breve charla y breve «siesta», hasta las 4,30, en que reanudaba el trabajo, hasta las 9,30. Sólo se interrumpía los viernes para la sesión académica y luego para las reuniones en el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del que aún haré memoria, porque fue su magisterio americanista, tema de estas páginas. «Vaciaba» personalmente las revistas históricas españolas y extranjeras, haciendo fichas con su minúscula escritura de «pata de mosca», que también personalmente intercalaba en sus ficheros. Su mesa de trabajo era una de las que se usan para escribir a máquina, la misma en que hoy escribo este recuerdo; pero la mesa servía para soportar los libros, porque, sentado en una butaca baja, con un tablero en las rodillas, en él escribía los millones de líneas de sus innumerables trabajos. No explico todo esto simplemente para mostrar cómo trabajaba en la primera mitad del siglo xx un historiador español, sino para que se entienda mejor cómo pudo compaginar especialidades tan dispersas —aparentemente— como la Edad Media (paleografía, latín medieval, privilegios y documentos), con la historia de los Descubrimientos, y con la consideración del Mundo Moderno y contemporáneo.

Si alguien se pregunta qué fue de su colosal biblioteca, informaré que se conservó en poder de doña Mercedes hasta 1960, en cuyo mes de enero fallecía. Fue siempre doctrina familiar que *la biblioteca* no podía fragmentarse por herencia, que era un todo amasado durante cincuenta años por dos historiadores académicos, y se accedió a la petición del presidente del Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria, don Matías Vega, que sabía que era esta biblioteca la más grande colombinística de España, y que podía completar los fondos de la «Casa de Colón» de Las Palmas. Allí está, por una valoración muy inferior que la que ofrecía la Universidad de Puerto Rico, para que no saliera de las fronteras de España. Está allí formando una unidad no confundida con el resto de los fondos de la «Casa de Colón», con una inscripción en su puerta, que sólo dice, elocuentemente, BALLESTEROS.

### *El americanismo de don Antonio*

El catedrático de Historia Antigua y Media, y luego de Historia de España, hace sus primeras armas americanísticas de la mano de un compañero suyo de universidad, el profesor don Eduardo Ibarra y Rodríguez, que dirigía entonces la *Historia del Mundo Moderno* de la Universidad de Cambridge, encomendada a la Casa Sopena de Barcelona, en su edición española. La Historia de Cambridge no había previsto más que una pequeña parte dedicada a la historia de las repúblicas hispanas de América. Don Antonio fue encargado de redactar la de varias de ellas (1).

Fue entonces cuando la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid le encargó, como cátedra *acumulada*, la de Historia de América en el Doctorado de Historia.

---

(1) Sus trabajos fueron la historia particular de las repúblicas de Colombia (tomo XXXIII), Venezuela (tomo XXXIII) y Ecuador (tomo XXXV).

Debemos recordar que hasta bastante después de nuestra guerra civil la Universidad Central era la única que otorgaba el doctorado en España. En el tiempo en que don Antonio se hizo cargo de la asignatura americanista, sus compañeros fueron don Elías Tormo (*Historia del Arte*), don Manuel Gómez Moreno (*Arqueología Medieval*) y don Severino Aznar (*Sociología*). Era verdaderamente un curso superior, y el único catedrático que no lo era exclusivamente de él era don Antonio, que seguía impartiendo la enseñanza de la *Historia de España*, en el curso inicial de la carrera.

Tenía don Antonio una profunda vocación docente, gozaba dando la clase, que preparaba siempre de un modo minucioso. Seco Serrano, en su recuerdo *En el Centenario de D. Antonio Ballesteros* (2), opina que «las clases constituían para él sólo una ocupación complementaria, y creo que fastidiosa», lo cual no es exacto, ya que nunca las eludió, nunca faltó a ellas y ponía en la explicación tanto vigor y entusiasmo que fueron numerosos los que se preparaban para futuras tareas jurídicas, y torcieron su camino hacia la Historia, prendidos en la plasticidad expositiva de don Antonio. Hubo quien reunió las dos casas, como don Ursicino Alvarez Suárez, luego catedrático de Derecho Romano, que compaginó ambos estudios para especializarse en una materia histórico-jurídica.

Don Antonio, desde su cátedra americanista impuso una disciplina investigadora. A los exámenes de su asignatura sólo se podía tener acceso después de haber realizado un trabajo de investigación, legítimo antecedente de nuestras actuales «tesinas». Había que hacerlo sobre documentación inédita, y redactarlo conforme a unas normas metodológicas que don Antonio exponía al comienzo del curso. Quien no lo hiciera (por la razón que fuera), sabía que era ocioso ir a

---

(2) Carlos Seco Serrano, *En el Centenario de don Antonio Ballesteros*. Leído en Sesión Académica. Publicado en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», tomo CLXXVII, cuaderno II, págs. 335-342. Madrid, 1980.

examen, pues no se le admitiría. La colección de trabajos doctorales —mejor diríamos predoctorales— los cedió don Antonio al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, donde han estado años y años, hasta que perecieron en el incendio del año 1979.

Desde la tribuna de su cátedra se impuso dar un tono elevado a las explicaciones, profundizando en aspectos eruditos de problemas críticos. Para dar un testimonio que no sea el mío —también alumno suyo en este curso doctoral— copiaré nuevamente lo que dice Seco Serrano sobre el modo de exponer materias en clase: «Recuerdo —dice— que el curso de “Historia de América” lo consagró íntegramente a un tema monográfico: el despliegue de su magno estudio sobre Cristóbal Colón, que sus alumnos conocimos [entonces] como anticipo, a través de pruebas de imprenta.» Sobre su labor académica escribió en 1949 el profesor Alvarez Rubiano el siguiente juicio, que sintetiza lo que ésta fue: «Por su cátedra de Historia de América, que regentó, con un fervoroso sentido de la enseñanza, durante más de treinta años, hemos pasado todos los que hubimos de cursar el doctorado de Ciencias Históricas en la Universidad Central [...] que dejó huella viva y perenne [...] después de una larga docencia, que ha hecho posible el florecimiento actual de los estudios americanistas» (3).

Pero su acción americanista universitaria no se limitó a la docencia, sino que se extendió a la promoción de los estudios en torno al Nuevo Mundo. Había sido inaugurada en enero de 1932 la nueva Facultad de Filosofía y Letras, en la Ciudad Universitaria, por la tenacidad y dinamismo de su entonces decano García Morente, con posibilidades nuevas de organización de cursos especiales, seminarios, etc. Epoca brillante, de entusiasmo y de creatividad, que recordamos todos los que

---

(3) Pablo Alvarez Rubiano, *Don Antonio Ballesteros y el Americanismo*, SAITABI, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Literaria de Valencia. Año IX, tomo VII, números 33-34, págs. 293-296. Julio-diciembre, 1949.

ya nos habíamos incorporado a las tareas docentes. Don Antonio fundó entonces, en un amplio salón del piso tercero del edificio de Filosofía y Letras, el «Seminario de Estudios Americanistas», con becarios, colaboradores, profesores adscritos, y una biblioteca especializada. Fueron becarios don Leopoldo Castedo, prestigioso profesor en Chile y Estados Unidos, y otros futuros catedráticos, como el entonces estudiante Vicente Rodríguez Casado. Profesor adjunto era don Huberto Pérez de la Ossa, autor de biografías de conquistadores, y entre los investigadores destacó el franciscano estadounidense, venido expresamente a realizar su tesis bajo la dirección de don Antonio, Padre Pascual Kerwin, autor de una importante investigación sobre la problemática fronteriza entre Estados Unidos y las posesiones españolas en Norteamérica, en los tiempos inmediatos a la Independencia de aquéllos.

El Seminario tuvo una proyección dentro de la Facultad que no puede olvidarse, ya que se invitó para mantener dos cursos sobre las culturas prehispánicas de América al profesor, de la Kaiser Wilhelm Universität de Berlín, Walter Lehmann, y a la profesora holandesa Guda Duyuis, y más adelante al profesor de Etnología de la Universidad de Bonn, hoy doctor *Honoris Causa* por nuestra Universidad Complutense, Hermann Trimborn. El conocimiento autorizado de las culturas indígenas americanas se introducía por primera vez en los estudios universitarios españoles gracias a la iniciativa de don Antonio.

Incluyamos en este apartado el impulso promotor sobre los que fueron sus discípulos, a quienes, aunque tuvieran actividades históricas apartadas del americanismo, les impulsó a alguna investigación de tema americano. Recogeremos este recuerdo cuando tratemos de la dirección de publicaciones, que se orientaron especialmente hacia América, lo que para muchos puede ser incluso una sorpresa.

Si pasamos ahora al análisis de lo que fueron sus

obras e investigaciones personales —dejando aparte lo medieval o lo europeo, lo moderno—, hemos de dividir este análisis en diversas facetas.

*La «Historia de España y su influencia en la Historia Universal»*

Esta es la obra sin duda más difundida entre cuantos conocen el nombre de don Antonio como historiador. Miles de estudiosos han iniciado su información bibliográfica en el centón innúmero de sus páginas y páginas de títulos bibliográficos, a veces incluso de artículos periodísticos. Ya he mencionado antes su horario de trabajo, dividido en la consulta de obras, en el «vaciado» de revistas y en el fichado minucioso (sus ficheros destinados a la redacción de la *Historia de España* estaban ordenados por tomos, por capítulos y, dentro de ellos, por asuntos). Pero éste es un *modus operandi* que puede ser común a quien haga una obra con una orientación determinada, o la contraria. Lo que importa, pues, es afirmar cuál fue esta orientación en el quehacer de don Antonio. Creo que es mejor leer el juicio de un historiador moderno que lo que yo pueda decir. Seco Serrano, sobre este tema, dice lo siguiente:

«*La Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, de don Antonio Ballesteros, cubre un nivel de los estudios generales acerca de nuestro pasado complejo. Sólo conozco una empresa posterior de este alcance, realizada asimismo por un solo historiador: la del catalán Ferrán Soldevila, concebida según un plan muy diverso, con espíritu y criterios diametralmente opuestos a los de Ballesteros, pues lo que en éste era objetividad positivista, tras de la cual desaparecía el autor, atendido a la pura contrastación de datos, era en Soldevila apasionado subjetivismo de raíces románticas.»

Seco Serrano tiene razón; el tipo de Historia que don Antonio escribía —después de una minuciosa

*contrastación* de datos— era lo que en Historia se llama «objetivismo histórico», pero esto no es todo, a nuestro intento. Había en su esclarecimiento del devenir histórico un punto subjetivo subconsciente, que era el *españolismo*. En la segunda edición de su colosal obra, que me tocó a mí terminar, durante diez años, desde el volumen VIII al XII, aparecía con frecuencia la frase «nuestras tropas», «nuestra política» y similares, refiriéndose a las acciones diplomáticas o militares españolas, que yo hube de corregir, en un sentido positivista, por «las tropas españolas» o «la política española». Dicho sea esto para centrar el punto de mira y ángulo de interpretación de aquel historiador que fue don Antonio. Pero cabe añadir dos cosas: primera, que desde que se inició como autor —*Sevilla en el siglo XIII*, ya mencionada— comprendió que la Historia no era sólo el conjunto de hechos *visibles, públicos, políticos*, sino también la vida cotidiana, el mercado, las costumbres. Sobre este aspecto escribiría el Duque de Alba —presidente de la Real Academia de la Historia, cuando falleció don Antonio— lo siguiente:

«El acierto máximo de las obras por el señor Ballesteros compuestas es el de mostrar la vida íntima, social, pública y privada de los españoles en las distintas épocas de su historia, rompiendo con las pesadas normas de considerar la narración histórica como fatigosa enumeración de batallas, intrigas políticas y biografías genealógicas de los magnates y príncipes.»

Quizá es posible que muchos de los que hicieron «interpretación» histórica, en tiempos posteriores, aplicaron su «caldo de cabeza» —como don Antonio llamaba a las elucubraciones interpretadoras— sobre los datos «objetivos» proporcionados por la paciente búsqueda de don Antonio, reflejados en sus mínimos detalles en los doce volúmenes de la única Historia de España —hasta la fecha— hecha por un solo hombre, sin concesiones a ideologías ni a puntos de partida preconcebidos.

Pero la segunda cosa, que es lo que nos interesa, es que esta *Historia de España* es a la vez una historia de América, en tanto los fenómenos históricos del Descubrimiento, la Conquista y la Colonia (respetando la terminología establecida) los considera su autor totalmente hispanos. Sus capítulos, desde el Reino de los Reyes Católicos, hasta la Independencia, titulados «El Imperio español», son una verdadera historia de América, tanto en hechos públicos, políticos o militares, como en la exposición de los aspectos institucionales y jurídicos, o de la vida cotidiana y el Arte.

### *Promoción y organización americanista*

Por testimonio personal puedo decir que si ha habido una persona con mínimo espíritu práctico, ésa fue don Antonio. La organización no entraba en sus esquemas mentales, y mucho menos la administración, o el interés, que le llevó a los extremos de no dar un solo paso para recoger la herencia de su padre, don Arturo, el diplomático, dejada en Santiago de Chile, y que nunca aprovechó a nadie. Pese a ello sometió su repugnancia por la burocracia en aras del americanismo, como vamos a ver.

Hubo algo, para comenzar, a lo que no pudo negarse. La Real Academia de la Historia asumió, casi desde su fundación, el cargo del «cronista de Indias», a través de su Comisión de Indias. Don Antonio fue su presidente durante muchos años, y a su actividad, como veremos, se debieron los informes sobre los documentos de Pontevedra y el problema de los restos del Museo Naval, cuya relación con las navegaciones indianas es obvio señalar. Pero hubo dos circunstancias más que le obligaron a asumir responsabilidades directivas en el campo americanista. Fueron éstas la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y en él uno de sus institutos, el que se apellidó con el señero nombre de Gonzalo Fernández de Oviedo. Y después la

de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Recordemos detalles.

Se encargó a don Antonio la organización del Instituto de Historia de América «Gonzalo Fernández de Oviedo», al que se le habilitaron los locales de que disfrutaría el centro hasta el incendio de 1979 —treinta años después del fallecimiento de don Antonio— con amplio espacio para despachos, biblioteca y salas de revistas, en el edificio de Duque de Medinaceli, 4. Había que reunir a los especialistas que hubiera en Madrid y don Antonio convocó a don Carlos Pereyra, don Rodolfo Barón Castro y a mí (que ya habíamos trabajado en una sección americanista del Centro de Estudios Históricos, de la Junta para ampliación de Estudios, antes de la guerra civil). Al equipo añadió don Antonio a don Ciriaco Pérez Bustamante, catedrático de Santiago de Compostela, en comisión de servicio en la Universidad Central. Se buscaron además colaboradores, como don Ramón Ezquerro Abadía y muchos otros. La tarea que se presentaba era ingente, pues no sólo había que constituir una biblioteca, sino iniciar una serie de publicaciones y una revista. Casi inmediatamente comenzaron ambas cosas: libros y revista. Uno de los primeros volúmenes fue esa obra magistral, modelo de demografía histórica, o de historia demográfica, que es *La población del Salvador*, escrita por Rodolfo Barón Castro. Y en 1940 salía la *Revista de Indias*, cuya portada diseñó el almirante Julio Guillén Tato, colaborador también del Instituto.

Gracias a la *Revista de Indias* —una de las primeras editadas por el Consejo Superior— se inició un intensísimo intercambio, que a los pocos años permitiría que la colección de revistas del Instituto fuera la mejor informada en americanismo de todas las de España. Se incorporaron a las tareas de investigación y publicación eminentes profesores extranjeros llamados por don Antonio, como su antiguo amigo (al que había dirigido su tesis doctoral) Richard Konetzke, y Hermann Trimborn, así como el humanista italiano Hippolito Galante,

que tradujo del quechua al latín el informe sobre las supersticiones de Huarochiri, de Francisco de Avila, dado a conocer fragmentariamente, en alemán, en 1939, por Hermann Trimborn.

Había, además, en la acción directiva y magistral de don Antonio, otra fàceta dentro del Instituto. Su dedicación americanista. Sus investigaciones sobre Cristóbal Colón le sugirieron, ante el cúmulo de ediciones fragmentarias de documentos, el proyecto de la confección crítica de un *Diplomatario Colombino*, para lo que contó don Antonio con la complacencia del actual Almirante de la Mar Océana, don Cristóbal Colón de Carvajal, Duque de Veragua. Como dice Seco Serrano, pues deseo aportar testimonios que no sean sólo los míos personales, así «surgió el proyecto de un *Diplomatario Colombino*, que luego —ya muerto don Antonio— llevaría adelante su sucesor en la dirección del Instituto, don Ciriaco Pérez Bustamante, entendiéndolo como homenaje obligado a la figura del historiador desaparecido...».

Pero había más: don Antonio hizo cátedra del Instituto, extendiendo a éste su magisterio. Copiemos otro párrafo de Seco Serrano:

«... mantenía don Antonio el distanciamiento más rígido y severo de cara a sus alumnos, que no llegábamos a descubrir su categoría de gran maestro de investigadores, hasta que, ya abandonadas las aulas, entrábamos en contacto con él en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; concretamente en el Instituto Gonzalo Fernández, del que fue fundador y era director cuando tuve acceso a él como simple becario. Diríase que el gran historiador se reservaba para impulsar y estimular la tarea investigadora "desde" un nivel determinado, ya superada nuestra Licenciatura. Los Institutos del Consejo constituían entonces una eficacísima prolongación y complemento de las tareas universitarias, y don Antonio componía, en el Fernández de Oviedo, la imagen ideal del maestro, de cara a unos cursos, entonces inexistentes, de Doctorado. Porque allí podía prolongar, entre los jóvenes que le rodeábamos, su in-

fatigable tarea de investigador, liberado ya de la monótona exposición de generalidades históricas.

Llegaba —los viernes— presuroso, como siempre, y una vez cumplidas sus funciones burocráticas, de director del Centro, nos recibía a todos los que trabajábamos en el Instituto, en un amplio círculo del que formaban parte desde el secretario —don Ciriaco Pérez Bustamante en aquel entonces— hasta los más recientes becarios, que acabábamos de alcanzar la Licenciatura y empezábamos ya a diseñar nuestras tesis doctorales.

Allí, al hilo de los trabajos de unos y otros, se tocaban toda clase de cuestiones históricas; allí era posible solicitar del maestro información bibliográfica o metodológica, y a todos atendía cordialmente, y en todo mostraba su asombroso dominio de auténtico sabio, de gran humanista. El círculo de los viernes en el Instituto Fernández de Oviedo daba el modelo de la escuela clásica, pero era además un círculo abierto a cuantas figuras eminentes, españolas y extranjeras —dentro del campo de los estudios históricos, americanistas sobre todo— visitaban Madrid por una u otra razón. Allí conocí a Raffo de Larreta, a Lohmann Villena, a Raúl Porras y a Roberto Levillier.»

En Sevilla era preciso, pensó el Gobierno español, que hubiera también un centro formativo e investigador, por la muy obvia razón de su tradición histórica indiana, y la existencia del Archivo de Indias. Así fue fundada la *Escuela* sevillana, que continuaba, en cierto modo, el Centro que allí había funcionado antes de la Guerra civil, y que había dirigido don José María Ots y Capdequí, catedrático de Valencia. Por idénticas razones se designó director a un catedrático de Madrid —don Antonio— que elaboraría los planes de trabajo, haría visitas periódicas y designaría los cursos especiales, invitaciones a profesores extraordinarios, etc. Propuso don Antonio como subdirector a su antiguo alumno —al que había dirigido la tesis doctoral sobre los primeros años de dominación española en la Luisiana, que fue publicada por el Instituto «Fernández de Oviedo»— Vicente Rodríguez Casado. Por infortunio no hubo entendimiento entre director y subdirector y

don Antonio dimitió irrevocablemente de la dirección. No fue éste su primer desengaño, sin duda, pero le afectó profundamente.

Mencionaré un último aspecto de su intervención en el fortalecimiento de los estudios americanistas: el de la introducción de éstos en los estudios universitarios, que seguían reducidos a la única cátedra de *Historia de América* que existía en España (la del Doctorado, en Madrid), y de la que él era el profesor, como vimos. Por su consejo, el Ministerio de Educación introdujo en la Licenciatura en Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, que pasaba de cuatro cursos a cinco, una materia titulada *Historia de América y de la Colonización Española*, que, aunque demasiado general, era ya un paso adelante de gran importancia. Pero no había todavía estudios especializados. Durante cuatro años —1940 a 1944— insistió ante los poderes públicos para que se creara una Licenciatura específica de *Historia de América*, lo que se consiguió finalmente con el establecimiento de dicha licenciatura en las Universidades de Madrid y Sevilla, como aún continúa, después de treinta y siete años.

### *Actividades editoriales*

Don Antonio estuvo siempre convencido de que había que promocionar dos cosas: la investigación y la publicación de los resultados de ésta, así como su natural complemento de la *divulgación*, palabra que sistemáticamente empleó, en lugar de la *vulgarización*, que le parecía una especie de degradación de información de la ciencia, como «pasto» popular, en vez de ser elevación del nivel de conocimiento. Desde que era relativamente joven —ya que hablo del año 1926—, su prestigio hizo que se le confiaran direcciones de colecciones de libros de cultura, y también promovió trabajos de alta investigación. Siguiendo un orden cronológico, iré hablando de lo que fueron estas oportunidades para

ampliar la base científica del americanismo, que es lo que estoy tratando de exponer, ya que si hablara de la totalidad del hercúleo quehacer científico de don Antonio, triplicaría mi información.

En el año 1920 —contaba don Antonio cuarenta años— la presencia en España de don José María Rivas Groot, antiguo ministro de Educación en Colombia (padre del actual embajador de Colombia en Roma, José Manuel Rivas Sacconi, nacido en Madrid por aquellos años, y mi compañero de juegos de infancia), y la convicción de don Antonio de que era necesario abrir un camino para que aparecieran libros de investigación directa, o de sistematización de temas poco conocidos, llevó a la constitución de la *Biblioteca de Historia Hispano-americana*, «bajo los auspicios de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII», como reza en la contraportada de todos los libros editados. Los miembros de la Sociedad que soportaba económicamente esta Biblioteca eran, como «directores fundadores», el excelentísimo señor Conde de Cedillo (que preparaba una edición de la *Crónica Moralizada de la Provincia del Perú*, de Fr. Antonio de la Calancha, que la guerra civil le impidió terminar), el excelentísimo señor don Antonio Ballesteros Beretta y el excelentísimo señor don José María Rivas Groot. Copio los títulos y nombres, tal como aparecen en los libros impresos, hoy de casi imposible alcance pese a su evidente valía e interés, quizá por esto mismo, ya que están superagotados.

Es indudable que los compañeros de dirección en la Sociedad, con cuyos gastos corrían, además, sin que obtuvieran lucro alguno, dejaron en manos de don Antonio la responsabilidad de elegir los autores que fueron seleccionados entre sus alumnos. En 1920 aparecía el libro *La Colonia del Sacramento, su origen, desenvolvimiento y vicisitudes de su historia*, obra de Antonio Bermejo de la Rica, brillantísimo catedrático de Historia, que felizmente, ya casi nonagerio, aún está entre nosotros. Detrás de éste irían los otros discípulos, a los que empujó a investigaciones americanistas. Ca-

yetano Alcázar Molina escribía un tratado sobre *El Correo en América*, ya que estaba familiarmente vinculado con la Escuela Postal; Julián María Rubio, el malogrado rector de la Universidad de Valladolid, trató de la Infanta Carlota Joaquina; el Marqués de Lozoya, sobre *Rodrigo de Contreras*, su antepasado. Se buscó también la colaboración de especialistas consagrados, como el Padre Pastells (S. J.), que dedicó dos volúmenes al *Descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, o al académico de la Real de la Historia, don Jerónimo Becker, que, en colaboración con don José María Rivas Groot, compuso un tratado sobre *La Nueva Granada en el siglo XVIII*.

Entre 1925 y 1928 se desarrollaría una nueva posibilidad editorial, ésta ya en el terreno divulgatorio. Se funda, por elementos católicos progresistas, la Editorial Voluntad, que se proponía la publicación de una revista con este nombre, y una serie histórica. Esta fue encomendada a don Antonio, que hizo un plan completo, con seis series de pequeños volúmenes, bien encuadrados en cartón, donde figuraban temas de historia española, ciencias jurídico-históricas, geografía, literatura, etc. La serie A, es decir, la primera, se asignó a la Historia de América. En esta ocasión, como en la anterior, don Antonio buscó los autores entre aquellos que habían sido sus discípulos, y entre sus compañeros de Academia. Fue el iniciador de los tratos con don Antonio el señor Oriol, de Bilbao, y el secretario de la Editorial, Javier Lasso de la Vega, todavía entre el número de los supervivientes. Los títulos aparecidos y sus autores corroboran lo que vengo diciendo: Carlos Panhorts, investigador alemán, cuya tesis doctoral había dirigido don Antonio, redactaba *Los alemanes en Venezuela* (1927); F. de Castro y Bravo, *Las naos españolas en la carrera de las Indias* (1927); Angel Bozal, *Grijalva, el descubrimiento de Méjico* (1927); Angel de Altolaguirre y Duvale, *Don Pedro de Alvarado* (1927), y A. Bellogín García, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca* (1928). Las ambiciones de una duradera acción

cultural se vieron truncadas por limitaciones económicas, y las ediciones dejaron de aparecer, aunque aún la colección de la revista *Voluntad* —en que doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros publicó artículos históricos, ilustrados por ella misma— es ejemplo de un buen hacer.

Poco antes de la guerra civil, don Santiago Salvat hace a don Antonio una propuesta de gran alcance: ¿por qué no iniciar una gran *Historia de América*, de cuya dirección se encargaría don Antonio? No sé contestar a la pregunta que hago a mis recuerdos (la misma que plantea qué fue antes, si el huevo o la gallina) de si la idea surgió de don Antonio y la propuesta editorial de don Santiago, o a la inversa, o si fue coincidencia. Lo cierto es que se acuerda una monumental historia americana —que se titularía *Historia de América y de los Pueblos Americanos*— en veinticinco volúmenes y que don Antonio se encarga de la «movilización», «enganche» y «recluta» de los colaboradores. Piensa, naturalmente, en los americanos, como Bravo Ugarte, Basadre, Pivel Devoto, Efraim Cardozo, Pedro Calmón, Sigfrido Radaelli, Barón Castro, Carlos Peyra, etc., pero acude a su elenco de personas formadas por él, o de cuya valía tenía conocimiento por haber sido alumnos suyos del doctorado. Así se confecciona la lista de obras y de autores. Recuerdo que comentaba don Santiago Salvat, años después, refiriéndose a la impuntualidad de los autores en la entrega de sus obras: «Si todos hubieran de cumplir lo que entonces firmamos, la Editorial tendría apuros de tesorería.» Esta profecía, basada en la experiencia, resultó más dolorosa de lo que podía suponerse, ya que la obra ha quedado incompleta, precisamente porque los autores no sólo se retrasaban, sino que nunca entregaron los originales, mucho después de muerto don Antonio. Quedaron sin publicar los trabajos solicitados a Pérez Bustamante, Jaime Delgado, Ezquerro Abadía, Barón Castro y los colombianos. Los originales de Radaelli y de Demetrio Ramos llegaron cuando ya la Editorial ha-

bía decidido suspender la publicación. La única Historia general de América, intentada con gran aliento por una editorial española, bajo la dirección de don Antonio, se frustró de esta manera.

Repasemos el cuadro de colaboradores efectivos. Entre ellos, como dije, aquellos primeros y más antiguos, que habían pasado por su cátedra del Doctorado. En primer lugar, Luis Pericot, al que convenció para que aplicara sus conocimientos etnológicos en un libro —siempre fundamental, con dos ediciones— que tituló *América Indígena*. Luego Amando Melón y Ruiz de Gordejuela sobre las primeras colonizaciones y navegaciones; Julián María Rubio sobre el Río de la Plata; Cayetano Alcázar, Antonio Ybot León. También los de últimas hornadas, como Francisco Esteve —Chile—, Manuel Ballesteros —Perú— y su último ayudante, Antonio Pardo Riquelme, que escribió sobre el Canadá.

### *Las relaciones internacionales*

Don Antonio fue seguramente uno de los primeros historiadores españoles que comprendió la necesidad de la información bibliográfica y de las relaciones personales con los colegas de otros países. Su amistad con el norteamericano Merriman, el alemán Heindrich Fincke —con el que doña Mercedes escribió una monografía sobre *Roma en tiempos de Bonifacio VIII*—, al que visitaban todos los años, en verano, en Freiburg im Brisgau, o el francés Foulché-Delbosc, pertenece a sus actividades medievalísticas y no tiene cabida en este repaso sobre su especialidad americanística. Sus cursos en Buenos Aires y La Plata le facilitaron la relación con Ricardo Levene y los demás colaboradores de su *Historia de América*: Basadre —que había estudiado con él en Madrid—, Radaelli, Raffo de la Retta, Pivel Devoto, Efraim Cardoso, Pedro Calmón, Nicolás García Samudio, García Chuecos, Oscar Efrén Reyes y muchos más. Pero su participación en Congresos internaciona-

les fue el más destacado servicio que hizo a la ciencia española en el ámbito mundial. Recordemos los de americanistas.

En 1929 la Real Academia de la Historia enviaba como representantes al Congreso Internacional de Americanistas de Hamburgo a don Antonio y a don Hugo Obermaier, que además de ser el capellán del Duque de Alba, era profesor extraordinario —para el curso del Doctorado— de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Ambos académicos, en representación de España, llevaron a este Congreso la edición facsimilar en su primicia (ya que la edición se hizo en 1930) del *Códice Troano* del Museo Arqueológico Nacional, en extraordinaria reproducción de las Artes Gráficas Matev. Esta edición completaba la que en 1892 hicieron —en fotocromolitografía— del *Códice maya denominado Cortesiano*— don Juan de Dios de la Rada y Delgado y don Jerónimo López de Ayala y del Hierro, vizconde de Palazuelos, luego conde de Cudillo. Hasta treinta y siete años después —en 1967— no se emprendería una nueva edición facsimilar, por obra de la Akademische Druck und Verlag Anstalt, de Graz, con estudio de Ferdinand Anders. Todos los estudios hechos hasta 1967 sobre el hoy llamado *Códice Tro-Cortesiano*, sólo tuvieron como base los dos magníficos facsímiles de Madrid.

Singularísima importancia tuvo otro congreso, organizado por don Antonio Ballesteros y don José María Torroja en Sevilla, en el otoño de 1935, bajo la presidencia del doctor don Gregorio Marañón. No habían llegado los Congresos Internacionales de Americanistas a la masificación actual, ni a la proliferación de *Symposia*, secciones y coloquios que hoy las hacen prácticamente indigeribles. Este fue el último al que pudieron acudir los españoles, por razón de la guerra civil. Una extraordinaria afluencia de notabilidades le dio un carácter de enorme altura. La mención de algunos nombres bastará: Max Uhle, Martín Gusinde, Francisco de Aparicio, Márquez Miranda, Rómulo D. Carbia. Por

especial intención de don Antonio, el tema central fue el de Cristóbal Colón, en cuya problemática llevaba años trabajando. Las plenarias fueron casi totalmente dedicadas a los problemas de la «hipercrítica» en torno a temas colombinos: la patria, el destino de los restos y la idea del primer Almirante de la Mar Océana.

Pasada la guerra civil, y la Mundial, de los Seis Años, en París se reunió —1947— nuevamente la grey americanista, convocados por la voz de Paul Rivet, en el Museo del Hombre, recién inaugurado. La representación de España estuvo presidida por don Antonio, que informó ampliamente sobre las publicaciones del Instituto Fernández de Oviedo, que dirigía, aportando la colección de los números de la *Revista de Indias* y los volúmenes de investigación aparecidos. Pronunció en nombre de España las palabras de la sesión final y soldó de un modo efectivo y cordial, nuevamente, la amistad entre los americanistas españoles y los de todo el mundo, en momentos verdaderamente muy difíciles.

### *La obra americanista de don Antonio*

Siendo importante y significativo todo lo que va reseñado en este artículo, debemos ahora, aunque sea brevemente, por conocido, detenernos en una consideración sobre lo que fue la obra científica, personal, de don Antonio, que es lo que reamente retendrá el mundo erudito, ya que todo lo dicho hasta ahora sólo fue la siembra fructífera de un espíritu creador, generoso y magisterial, cuyo fruto estamos recogiendo en nuestro tiempo, incluso por parte de aquellos que ya no practican su doctrina histórica, pero sí saben que la promoción de una especialidad es, precisamente, eso: una siembra.

Hay eruditos e historiadores. Creo firmemente que don Antonio reunía las dos facetas. El erudito es muy sutil, ya que busca (y halla) noticias, brinda el conocimiento de nuevas fuentes y ofrece sus materiales a

los demás; pero el historiador construye, marca caminos, verifica ensayos de síntesis, que sirven de base para el futuro, ya sea para contradecirlos o para seguirlos. La Academia de la Historia le encargó, en dos ocasiones, que diera informe sobre el destino de los restos de Colón, sabida su especialidad en estos temas, y las dos veces cumplió el cometido con rigor, confirmando todo lo que ya había dicho anteriormente Colmeiro, pero con aportación de nuevos datos y argumentos.

Todos los americanistas, desde años antes de que don Antonio se enfrentara con el tema, habían consultado la fabulosa *Colección Muñoz*, reunida en su misión científica por don Juan Bautista Muñoz, sin duda el primer americanista español moderno. Pero poco se sabía de cómo llevó a cabo la misión que le encargara el gobierno de Carlos III. Los cerca de cien volúmenes conservados en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, que estaba a cargo de don Antonio, fueron revisados por él página a página, y de esta consulta salieron dos investigaciones definitivas, que han esclarecido todo el quehacer de Muñoz. Fueron publicadas en la *Revista de Indias* (1940 y 1941): *Juan Bautista Muñoz, dos facetas científicas*, y *Juan Bautista Muñoz y la fundación del Archivo de Indias*. Cuando José Alcina hizo la edición moderna de la *Historia del Nuevo Mundo de Muñoz*, reconoció el servicio prestado a la ciencia americanista por don Antonio.

Su empresa magna fue, sin embargo, el estudio exhaustivo de Cristóbal Colón, de su problemática humana y de las bases de su idea. El resultado fueron dos volúmenes —en gran parte todavía incommovibles—, en la *Historia de América y de los pueblos americanos* de que he hecho mérito: *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*. Cuando Juan Manzano, que también se reclama discípulo de don Antonio, da a luz su magistral *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida. 1485-1492* (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1964), y rellena los vacíos dejados por

don Antonio, por la consulta de información que él no tuvo a su mano, no hace envejecer la arquitectura fundamental del estudio que el maestro había hecho.

También para la *Historia de América*, de Salvat, aportó dos colaboraciones importantes, para una de las cuales fue de extrema utilidad que estuviera escrita por un antiguo profesor de Historia Universal Antigua y Media, y de Historia de España. Me refiero a la *Génesis del Descubrimiento* (Barcelona, 1947, reimpresión 1961), en que traza todo el vasto proceso astronómico-geográfico-cartográfico-bibliográfico, que conduce hasta que Toscanelli se pone en comunicación con un Cristóbal Colón —al que toma por portugués— afincado en Lisboa. Desfilan, por primera vez unidas, las noticias de la idea del mundo, desde Eratóstenes hasta el Renacimiento, del conocimiento de las tierras lejanas por obra de los viajeros franciscanos, enviados por papas y reyes, y la labor cartográfica, que daba noticias visibles, dibujadas, de las tierras incógnitas para los europeos, que estaban destinados a dar el salto del Atlántico, bajo la capitanía del Almirante.

El contrato que tenía don Antonio con la Editorial Salvat le obligaba a suplir con trabajos suyos las lagunas que dejaran los colaboradores. Don Angel Altolaguirre y Duvale, autor del volumen destinado a la Conquista de Méjico, había dejado, por razones de salud, sin redactar la obligada introducción sobre las fuentes históricas. Don Antonio tomó sobre sí la tarea y redactó, con su nombre, una magistral presentación de las fuentes que sirven para conocer los hechos de la conquista, que no vería la luz hasta cinco años después de su muerte: 1954.

Una de sus últimas investigaciones se refirió a un personaje por el que tuvo especial inclinación e interés: don Francisco de Miranda, el prelibertador. En las actas de las sesiones ordinarias de la Real Academia de la Historia constan aquellas en que don Antonio disertó ante el docto cónclave sobre la marcha de sus trabajos en torno a esta figura. Por desgracia, sus no-

tas quedaron inéditas, hasta que, a petición de la Academia de la Historia de Venezuela, las entregué para publicación en su *Boletín*. Mantenía, y no sin razón, don Antonio que uno de los defectos de los historiadores hispanoamericanos del proceso de la Independencia era el «impenitente desconocimiento de la Historia de España», y así apareció impreso en el mencionado Boletín. Esta frase produjo una minipolémica entre el doctor Parra Pérez (al que don Antonio llamaba «príncipe de los biógrafos de Miranda», con harta razón) y yo. El tituló su artículo *A tiro de Ballesta*, al que yo contesté, siempre en amigable correspondencia con otro encabezado *A tiro de cerbatana*. Entre las cosas que argumentaba Parra Pérez es que «mal podía Fernando VII desde España tomar medidas», etc, lo que venía a comprobar el aserto de don Antonio, como tuve ocasión de hacer notar, ya que en *ese tiempo* el futuro *deseado* estaba en la jaula dorada napoleónica, muy lejos de España.

Y me referiré, finalmente, a la última de sus empresas americanistas, en la que unió su saber sobre la historia medieval española y su investigación americanista. Me refiero a la obra *Historia de la Marina Cantabra y Juan de la Cosa*, que mereció, en 1949, el Premio de la Diputación de Santander, después de su muerte. Era éste un empeño que tomó con tanto entusiasmo, meses antes de su enfermedad mortal, que una vez operado —sin esperanzas— de cáncer de estómago, siguió redactándola, manuscribiendo la última cuartilla treinta días antes de que falleciera en Pamplona el 15 de julio de aquel año. En el obligado prólogo que hube de escribir, a petición de la entidad provincial montañesa para la edición de la obra (en la que figura fotografía de la última cuartilla citada), terminaba diciendo que «don Antonio murió en acto de servicio». A lo que añadiría ahora, «de servicio americanista».

## *En enlace con el futuro*

Don Antonio, a través de su cátedra y del Instituto, tendió puentes hacia el futuro, enlazando con las novísimas generaciones. Así nombró becarios a alumnos míos de la Universidad de Valencia y supervisó sus trabajos doctorales en marcha, como el de *La Independencia del Kentucky*, de Miguel Enguidanos. Y el último ayudante de cátedra que nombró fue Bartolomé Escandell Bonet, también antiguo alumno mío de la Universidad de Valencia, hoy decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Alcalá de Henares, y destacado investigador de la *Inquisición en Indias*.

\* \* \*

He procurado en estas líneas brindar noticias que quizá no eran del conocimiento de todos, a petición de QUINTO CENTENARIO, difuminando en cuanto he podido mis sentimientos personales, para demostrar, de cuerpo entero y en sus obras, cómo fue uno de los maestros del americanismo español.